

"Y ADEMÁS, TIENEN ÁGUILA" (AUNQUE NO SIEMPRE LA TUVIERON)

Diego Ortiz Martínez

En primer lugar tengo que agradecer la deferencia que la Agrupación de San Juan Evangelista ha tenido, a través de su presidente, Pedro Antonio Martínez, y de su secretario, José Medrano -un antiguo amigo desde los ya lejanos tiempos de las aulas del Patronato del Sagrado Corazón de Jesús y nuestros inicios procesionistas como precoces portapasos en el Vía Crucis del Cristo del Socorro-, para que sea yo el encargado de llevar a cabo la presentación del número 11 del boletín "Prisma" que esta agrupación publica anualmente para mantener informados de su pasado, de su presente y de su futuro a todos los miembros de la misma. Una deferencia, un privilegio, que hay que considerar todavía mayor si se tiene en cuenta que es la primera ocasión, en esos once años de andadura, en que la publicación es presentada públicamente. En ese aspecto me gustaría hacer una consideración, y esa no es otra que el carácter de la publicación como nexo de unión entre sanjuanistas.

Hoy en día, cuando muchos colectivos se empeñan en sacar a la luz revistas cuyos contenidos tan sólo interesan a los componentes de los mismos pero que se empeñan en difundir como si realmente fueran del interés general, es conveniente mantener el espíritu con el que, en una actitud completamente contraria y creo que más acertada que la descrita, nació "Prisma". Éste espíritu no es otro que el de ser nexo de unión entre los centenares de sanjuanistas marrajos, tanto entre aquellos que visten el traje de penitente o el de portapasos como entre aquellos que ya dejaron de hacerlo y contemplan con nostalgia el recorrido de la agrupación por las calles cartageneras en la madrugada y noche del Viernes Santo y en la tarde del Sábado Santo. E incluso, y lo que me parece más importante, entre aquellos que pagan su cuota anual por simpatía con la agrupación y que nunca han vestido ni piensan vestirse de blanco, blanco y rojo o blanco y negro. Es este un grupo que, quizás por la situación actual -posiblemente sobre todo la económica-, sea más reducido que en otros tiempos, pero es un grupo al que hay que cuidar, y con detalles como la recepción cada año en su domicilio, hasta la pasada Semana Santa, y la presentación pública como la que estrenamos hoy de este boletín, se hace en buena medida por parte de la Agrupación de San Juan Evangelista en contraposición a lo que puede suceder, bueno de hecho sucede, en otros colectivos.

Así, el boletín, al igual que los característicos prismas que le dan nombre, se convierte en una seña de identidad de los sanjuanistas marrajos. Y de eso, de señas de identidad es lo que me pidieron el presidente y el secretario que hablara en esta pequeña intervención y es lo que voy a intentar hacer sin salirme del tiempo asignado, aunque sin hacer mía la frase de Baltasar Gracián de que lo bueno si breve dos veces bueno, ya que soy consciente de lo modesto de mi aportación a este acto.

Entre los símbolos iconográficos de San Juan Evangelista se pueden señalar cuatro como los más característicos. En primer lugar podemos citar el caldero de

aceite hirviendo representativo del martirio, del que salió indemne, en tiempos de Domiciano y que es motivo de la festividad que cada mes de mayo reúne a los sanjuanistas en celebración litúrgica alrededor de su titular. En segundo lugar hay que hacer referencia a la copa de veneno de la que sale una serpiente y que alude a otro intento de acabar con el discípulo amado, el que realizó también sin éxito el Sumo Sacerdote del Templo de Diana en Efeso. La palma es el tercero de tales atributos iconográficos y es símbolo de la victoria desde el pasaje recogido en los Evangelios Apócrifos, concretamente en el capítulo XX del Evangelio del Pseudo Mateo, en el se cuenta que cuando la Sagrada Familia huyó a Egipto, en el tercer día de viaje, sintiéndose la Virgen fatigada por el calor y viendo una palmera pidió a San José descansar bajo su sombra y comer sus dátiles, siendo recriminada por éste pues la altura a la que se alzaba el fruto los hacía inaccesibles. Cuestión que, al ser escuchada por el Niño, le llevó a ordenar que una de sus ramas fuera trasladada al cielo por un ángel y que en adelante se convirtiera en símbolo de la victoria, entregándosela a quienes tras sus sufrimientos alcanzaran el triunfo de la vida eterna. Es por ello símbolo del triunfo de la vida sobre la muerte, de la regeneración y de la inmortalidad del alma.

Pero que duda cabe que el símbolo sanjuanista por excelencia es el águila. Ese águila que identifica a los componentes de la agrupación. Un símbolo que alude al Tetramorfos, a la identificación que se hace de los cuatro evangelistas con el hombre (Mateo), el león (Marcos), el toro (Lucas) y el águila (Juan). Identificación que tiene su origen, precisamente, en un texto de San Juan, concretamente del Apocalipsis 4,7 en el que se dice que "el primer ser viviente era semejante a un león; el segundo era semejante a un becerro: el tercero tenía rostro como de hombre: y el cuarto era semejante a un águila volando". Un texto que, como tantos otros del Nuevo Testamento, tiene su origen en el Antiguo, en este caso en Ezequiel 1,10, donde se dice "y la figura de sus rostros era rostro de hombre; y rostro de león a la parte derecha en los cuatro; y la izquierda rostro de buey en los cuatro; asimismo tenía en los cuatro rostro de águila". Y en esa identificación se atribuye el águila -que también tiene otros simbolismos como los de la resurrección y la inmortalidad- porque su evangelio es el de mayor valor teológico, porque en él supo volar más alto que estas aves, consideradas las que más alto lo hacen. En definitiva porque el evangelio de Juan está considerado el de más altura espiritual, el de mayor altura de pensamiento y porque comienza hablando de la eternidad del verbo, en ese versículo inicial que forma parte del escudo de la agrupación.

Este símbolo, el más común y también posiblemente el más antiguo en la iconografía de San Juan es, como ya he referido, seña de identidad de los sanjuanistas marrajos. Y en ocasiones ha causado más admiración que otro de los que los que forman cada año su tercio desde hace décadas tienen a gala, como es el orden. Así queda patente en la simpática anécdota relatada por el amigo Joaquín Roca Dorda en la colaboración que aportó al libro conmemorativo del 75 aniversario de la agrupación y en la que da a conocer que, frente a las excelencias que su padre le intentaba hacer ver del desfile del tercio de San Juan por las calles un Viernes Santo

de su infancia, él pensó que, al margen de ser los mejores, lo más impactante era que "además tenían águila".

Pero ese motivo de admiración de Joaquín Roca no pudo ser compartido por generaciones y generaciones de niños, de los que vieron los cortejos pasionarios marrajos en los siglos XVIII y XIX, por la sencilla razón de que entonces, al parecer, San Juan no tenía águila, aunque no podemos ser categóricos en dicha aseveración porque, lamentablemente, no tenemos mucha información de cómo eran las procesiones en dichas centurias y, por consiguiente, de la simbología que pudiera figurar en, por poner un ejemplo, el estandarte -o sudario en la terminología local- que abriera el paso de los penitentes que acompañaban a la imagen del evangelista. De hecho, por no tener, no tenemos ni constancia fehaciente del momento exacto en que se incorporó ésta a las procesiones de la Cofradía del Nazareno, ya que se viene dando, sin ningún aporte documental, la fecha de 1751 que, realmente, corresponde al año en el que el zapatero Juan Sicilia se encargó de incorporar la también salzillesca escultura del evangelista para la, entonces menos que ahora, cofradía rival, la del Prendimiento.

Porque de los escasos testimonios gráficos y documentales existentes cabe sacar la conclusión de que el águila no formaba parte del simbolismo que acompañaba a los penitentes de las más lejanas centurias ni a los asalariados penitentes-soldados que comenzaron a salir en el último tercio del siglo XIX. Buena prueba de ello es, por ejemplo, el hecho de que en la descripción que de la procesión de 1872 hizo el cronista Bartolomé Comellas en la revista local Cartagena Ilustrada, al hablar tanto del grupo de penitentes como del trono, del que se hace detallada descripción, no se alude a la presencia del águila, lo que queda constatado en alguna antigua fotografía de tales tiempos. Una situación que compartían los sanjuanistas marrajos con los californios, ya que sabemos que una de las principales novedades que tenía el trono que para aquellos hicieron en 1879 el arquitecto Carlos Mancha y el escultor Francisco Requena -y que sería el culmen del proceso de creación del trono típicamente cartagenero- figuraba la de "un águila de delicada escultura, admirablemente animada", a decir de Manuel González Huárquez, cronista oficial de la ciudad en aquellos años y, por otra parte, destacado cofrade del Nazareno. Dos años más tarde, en 1881, y de la mano de un operario del Arsenal llamado Pedro Moya Cánovas, que se encargó de la ejecución material, y del abogado Manuel Aguirre Anrich, que costeó su realización, el trono de San Juan marrajo también incorporó águila. Sin embargo esta incorporación hacía compartir protagonismo a este símbolo iconográfico con otros atributos del evangelista como el cáliz, el libro (de los Siete Sellos) y la palma (alusiva también a la pureza) como destacaba el citado Manuel González Huárquez en su crónica de las procesiones de dicho año. Símbolos que aparecían, sin especificar la distribución exacta la noticia periodística, tallados en los cuatro frentes del trono.

Se puede esgrimir como argumento a la hora de ratificar el hecho de que el águila no era símbolo frecuente en el ajuar procesionista de los sanjuanistas marrajos el hecho de que en 1929, ya constituidos en agrupación, quisieron hacer unos

hachotes para la Semana Santa del año siguiente y en ellos figuraba la representación del águila. Si ésta hubiera sido algo de uso frecuente los componentes de la comisión de arte de la cofradía encargados de valorar la innovación -el pintor Francisco Portela, el escritor y experto en arte José Fuentes y el capellán Antonio Gutiérrez Criado- no hubieran destacado, como hicieron, el hecho de que les pareciera "realmente acertado este símbolo del águila de Patmos para el objeto de que se trataba". Una representación que fue objeto de polémica, pese a lo acertado de su elección. Y lo fue porque en un primer informe, emitido el 22 de noviembre de 1929, se ponía como objeción que debía ser realizada "a un solo plano, ya que tal y como se presentaba parecía más indicada para remate de asta de estandarte", siendo Portela, Fuentes y Gutiérrez Criado de la opinión de que "el dibujo del águila no había sido suficientemente estudiado". En la segunda reunión de la comisión, celebrada tres días más tarde, sus componentes volvieron a "cortarle las alas al águila" esgrimiendo que el único defecto que le encontraban al dibujo corregido de los proyectados hachotes era que "atendiendo a la importancia del motivo del águila, les parecía esencial que el ave fuera interpretada" de nuevo, ya que en la primera versión se le había dado "una forma híbrida de paloma, de difícil clasificación", mientras que en el segundo "más claramente de corneja", lo que podía ser causa de una mala interpretación debido al hecho de la creencia popular de que tales aves nocturnas acudían a beberse el aceite de las lámparas". Ante tales críticas los sanjuanistas optaron por sacar sus nuevos hachotes, de metal blanco, sin águila alguna.

Haciendo un salto en el tiempo hay que decir que la idea de los sanjuanistas de 1929 de conseguir que el águila figurara en los hachotes se haría realidad algunos años más tarde. Así, el ave alegórica del evangelista ornaba los que en 1960 se hicieron en los talleres Martínez Cebrián de la céntrica calle del Parque y que fueron los primeros iluminados por ese sistema único en la pasionaria española y también seña de identidad de San Juan marrajo que es el del gas butano. Asimismo, el águila figuraba, y figura, en los que se estrenaron entre 1969 y 1970 y que fueron realizados por el orfebre valenciano Manuel Orrico Gay según diseño del sanjuanista Luis Amante Duarte. Hachotes que, como ha sido norma habitual en todas las producciones de Orrico, que parece que no distinguía muy bien entre lo que es un orfebre y lo que es un fundidor, eran de un peso excesivo al estar realizados en bronce, por lo que en 1976 las águilas originales fueron sustituidas por otras fundidas en un material más liviano, como es el aluminio.

Pero, de regreso a la década de los años 30 del siglo pasado, estaba claro que los miembros de la agrupación tenían la intención de que el símbolo por excelencia del Evangelista se convirtiera en seña de identidad de los sanjuanistas marrajos. Por eso, cuando encargaron un nuevo estandarte para estrenarlo en la Semana Santa de 1935 se curaron en salud y para evitar críticas de los entendidos en arte de la cofradía optaron por encargarle el diseño del mismo a uno de los críticos que un lustro antes habían abortado la posibilidad de incorporar el águila a los hachotes, concretamente al pintor gaditano, afincado desde la infancia en nuestra ciudad, Francisco Portela de la Llera. De sus lápices salió el dibujo bajo el que las religiosas y las alumnas del

Asilo de San Miguel, que por aquellos años estaban realizando una ingente labor para californios y marrajos, bordaron el estandarte. Un elemento del patrimonio sanjuanista que, ante el evidente deterioro provocado por los años fue sustituido por una réplica estrenada en 2006 y que fue posible a través de las agujas de Encarnación Bruna.

Significativo año el referido de 1935 para los sanjuanistas, ya que también fue el del estreno del magnífico trono que realizó el tallista de Ricote, avecindado en Cartagena desde hacía un par de décadas, Aladino Ferrer Sánchez. En la obra de este destacado artista, que también era cofrade marrajo vinculado a la Agrupación del Santo Sepulcro, el águila tomaba carta de naturaleza, en forma corpórea, entre las decoraciones. Un protagonismo que no ha abandonado desde entonces, aunque con distintas alternativas. Porque a los pies del Evangelista se han ubicado, por ejemplo, el águila realizado en 1953 por el artista local Agustín Sánchez Velázquez para un "carro-bocina" que abría la marcha del tercio o, incluso, por una disecada en 1986 que fue cedida por la dirección del Colegio de la Sagrada Familia de los Hermanos Maristas. Debió gustar lo del águila disecada porque, como cuenta mi buen amigo, y sanjuanista, Francisco Minguez en el libro que en 1992 dedicó a la historia de la agrupación, la directiva realizó gestiones con el Instituto para la Conservación de la Naturaleza (ICONA) para poder obtener otra. Gestiones infructuosas suponemos por ser el águila un ave especialmente protegida en nuestro país dado lo reducido de sus poblaciones.

Tras el paréntesis de la Guerra Civil y las absurdas y lamentables destrucciones de patrimonio artístico, a la par que se reconstruía el de la agrupación, con soluciones provisionales como el San Juan de José Alfonso Rigal, se intensificó el protagonismo del águila en la iconografía y el simbolismo de los sanjuanistas marrajos. Él ave alegórica del evangelista se ubicó en el vestuario estrenado en 1940, donde las capas lucían "palmas y águilas encarnadas y un libro con letras negras". Y todo ello, en lo que constituye otra singularidad de esta agrupación -sólo mantenido en nuestras procesiones por ella y por la también marraja del Santo Sepulcro-, en el lado izquierdo, que es en el que la heráldica, como muy buen puede explicar vuestro presidente, se ubican todos los escudos como reminiscencia de los tiempos medievales.

En 1943 el águila se incorpora por vez primera a un elemento del ajuar de la imagen. En ese año, en el que se estrenó la actual escultura, la soberbia obra de José Capuz, se confeccionó un nuevo vestuario que sustituyera al que se venía utilizando hasta entonces, una realización de 1913 llegada desde los talleres barceloneses de la Casa Jorba gracias a la generosidad de su entonces camarera, Julia Molina, esposa del comerciante de origen catalán Esteban Llagostera. En dicho vestuario no aparecía ningún motivo alusivo al águila de Patmos, pero si lo hacía al que nos hemos referido que fue confeccionado en 1943. En éste se podía ver, sobre el cíngulo de terciopelo encarnado, un águila sosteniendo en sus garras un pergamino en plata con la frase inicial del evangelio de San Juan, en claro antecedente al que pocos años más tarde se

convertiría en santo y seña de la agrupación. Tal motivo no aparecía en ninguna otra de las prendas estrenadas ya que la capa -y no manto como se suelen designar erróneamente a las que lucen imágenes de apóstoles, ya que un manto es una prenda eminentemente femenina- tenía como motivo más destacado, al margen de los de tipo floral, 17 medallones con la Cruz de Malta.

Cruz ésta que, abandonando por unos momentos al águila sanjuanista, diremos que poco tiene que ver con la iconografía del evangelista. Así, aunque "los otros" -y ya saben que no me refiero a los protagonistas de la película de Amenábar- lucieron en las primeras décadas del siglo XX trajes de caballeros sanjuanistas adornados con dicha cruz de malta, eso constituye un craso error. Y lo constituye porque tal cruz es representativa de la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, creada en 1099 por un grupo de cruzados que, junto a religiosos benedictinos, se dedicaron a curar a los heridos provocados por la toma de la ciudad santa y que como emblema adoptaron una cruz octógona, situándose bajo la protección de San Juan, pero de San Juan Bautista. La cruz, por cierto, debe su nombre popular de Malta al hecho de que tras la caída de Jerusalén en 1291 la orden se estableció en Chipre y posteriormente en dicha isla mediterránea.

Volviendo a 1943 debemos recordar que también data de ese año otro elemento singular del patrimonio sanjuanista, tal y como son los banderines, "los evangelios" como se les conoce por los miembros de la agrupación, que pintó al "guache" -a la aguada si queremos prescindir del galicismo- el "maestro", ese referente de la cultura local, más por la actividad de su estudio que por su labor pictórica, que fue Vicente Ros. Éste dio forma a unos banderines en los que sobre raso y con un claro estilo modernista y grafías góticas aparecían el águila y la primera frase del Evangelio de San Juan. Banderines que, por su estado de deterioro, fueron dejados de procesionar en el año 1967 pero que, afortunadamente, fueron recuperados en 1990 gracias a la desinteresada aportación de otro pintor cartagenero, y discípulo del propio Ros al margen de miembro de la agrupación, como es Ángel Monteagudo Bonet, que los reprodujo fielmente, donando su trabajo.

Estaba claro que iba siendo el momento de dar forma definitiva al águila de San Juan como emblema de la agrupación, unificando en la medida de lo posible la representación del mismo. Y para ello los sanjuanistas eligieron a otro pintor local, Vicente Mustieles, quien se había introducido con fuerza en la Semana Santa local con la realización del cartel anunciador de nuestras procesiones en los años 1944, 1947, 1948 y 1949. El encargo del que se convertiría en el escudo oficial de la agrupación tuvo lugar de cara a los cortejos pasionarios del año 1952 y consistía en el diseño del águila con el pergamino que se iba a bordar en las capas blancas del tercio, así como iba a figurar en los remates de las varas de los encargados del tercio y como motivo central de un nuevo estandarte. Las varas fueron realizadas siguiendo el dibujo de Mustieles por el orfebre cartagenero Francisco del Cerro, en tanto que el referido motivo central del estandarte, en plata como los remates de las varas, lo hizo otro artesano local, Monterde, aunque el resto del sudario, diseñado por Agustín

Sánchez Velázquez siguiendo una idea de Julio Mas García, fue bordado por Consuelo Escámez Salmerón. Estandarte que años más tarde, ya en desuso, sería vendido a una cofradía de Cuevas de Almanzora. Eso sí, muy acertadamente, sin el motivo central. Con ello se evitaba que, como ha sucedido en alguna ocasión, motivos estrictamente cartageneros hayan sido copiados por hermandades de otros puntos de la geografía local o regional.

¿Cuál fue la fuente de inspiración de Vicente Mustieles? Está claro que el denominado "Águila de San Juan" que la reina Isabel I de Castilla o Isabel la Católica, gran devota del Evangelista, incorporó a su heráldica personal antes de acceder a la corona y de donde pasó al escudo que compartiría con su esposo, Fernando V de Aragón. Se trata, siguiendo términos heráldicos, de un águila pasmada (esto es, con las alas recogidas), de sable (o color negro), nimbada en oro (con una corona circular dorada alrededor de la cabeza), picada (con distinto color en el pico que en el cuerpo) y armada de gules (siendo gules en heráldica el color rojo) que, por otra parte, no hay que confundir con el águila imperial, bicefala, empleada por el hijo de los Reyes Católicos, Carlos I de España, diversos reyes de la Casa de Austria y los zares de Rusia, que derivan de un modelo de época bizantina. Es el de San Juan el águila que figuró en el escudo de España adoptado por el Gobierno de Franco en 1938 y fue refrendado como modelo oficial en el año 1945, función que cumplió hasta 1981, cuando fue sustituido aquel escudo por el actual en una decisión tomada cuatro años antes, en 1977.

Sin embargo, Mustieles introdujo -para evitar copiar miméticamente el águila del escudo nacional vigente, algo que no hubiera sido posiblemente permitido por las autoridades de la época- algunas modificaciones. Diferencias que consisten en que aunque comparte la representación de frente y cola semiesparcida, tiene las alas abiertas, carece del círculo nimbado que rodea la cabeza de aquella y mira hacia la izquierda, mientras que la del escudo de las épocas de los Reyes Católicos y de Franco lo hace a la derecha. El emblema ideado por Mustieles se completa con el escudo de la Cofradía de N.P. Jesús Nazareno -creado en 1917 por el escultor y tallista local, y marrajo, Juan Miguel Cervantes- en el centro del águila y debajo de éste un pergamino con el inicio del evangelio de San Juan: "In principium erat verbum", estando orlado por dos palmas.

Desde ese momento y hasta hoy, el águila de Mustieles, el águila de los sanjuanistas marrajos, ha sido plasmado de muy diversas formas en el patrimonio de la agrupación. Lo ha sido en estandartes como el realizado en 1972 bajo diseño del pintor madrileño, afincado en Cartagena por su trabajo en la Empresa Nacional Bazán, Rafael Puch López y bordado por Anita Vivancos, quien sería la encargada asimismo de sustituir, en el estandarte realizado por el Asilo de San Miguel en 1935 el águila que llevaba originalmente por el diseñado por Mustieles. También lo ha sido en los fajines estrenados en 1979 para el tercio de la madrugada, donde al águila de Mustieles le dio vida, con sus agujas, la bordadora Fuensanta Jiménez. Igualmente en el estandarte que esa misma artesana bordó en 1980 con diseño del también citado

Rafael Puch para el tercio del Santo Amor de San Juan. Prolífica, repetitiva y no ajustada al tiempo que se me solicitó que, minuto arriba, minuto abajo, dedicara a mi intervención, sería hacer una relación detallada de todos aquellos elementos del patrimonio material de la Agrupación donde se ha plasmado, por lo que quiero acabar la relación diciendo que el escudo de Mustieles sirvió de base también para dar forma al escudo propio que desde 1980 posee el tercio, entonces masculino y desde 1990 vestido por las mujeres sanjuanistas, del Santo Amor de San Juan. Para ello, y con idea de Juan Ignacio Fontcuberta Oliver, se superpuso al águila una cruz octógona o de ocho puntas -la Cruz de Malta- de cuyo travesaño transversal penden la primera y la última letra del alfabeto griego, la alfa y la omega, el principio y el final al que se alude en Apocalipsis 1, 4-8

Así pues, tras algunos siglos sin águila (el XVIII y buena parte del XIX), unos años (los del último tercio del XIX y primero del XX) en los que la representación de ésta no se realizaba de una forma que pudiéramos llamar "institucionalizada", en 1952 los sanjuanistas marrajos se hicieron con un águila propia, con otro símbolo más que sumado al del orden que los caracteriza, a los escudos siempre en el lado izquierdo de la capa como manda la heráldica y a la iluminación de gas butano de sus hachotes, por citar algunos, es posible que los convierta en lo que otro buen amigo, Fabián Martínez Juárez, utilizó para calificarlos, utilizando recuerdos de su niñez, cuando lo entrevisté en las páginas del diario El Faro con motivo de su nombramiento como Procesionista del Año: en "los héroes de la película". Realmente no sé si lo son, lo que sí sé es que si yo hubiera estado sentado junto a Joaquín Roca Dorda viendo aquella procesión de Viernes Santo a la que aludía en el artículo al que me he referido anteriormente, posiblemente también hubiera pensado que, desde 1952 y con la inestimable colaboración de Vicente Mustieles -ya que me hubiera salido el gusto por la historia que me viene desde la infancia-, al margen de todo lo que puede convertirlos en diferentes, "además, tienen águila".

Muchas Gracias